

primero vuelve a la Tierra para hacer reaccionar a las fuerzas del Universo, el segundo aguarda en el limbo con todos los niños regenerados (a quienes se les ha afeitado el pelo como prueba de su inocencia; si en Sansón el pelo era símbolo de fuerza, ahora —quizá por la moda del corte largo— es síntoma de corrupción) y el Espíritu Santo —paloma blanca dirigiendo bandadas de palomas oscuras— será quien finalmente ponga las cosas en su sitio, aniquilando a todos los personajes que representan el Mal y salvando a las víctimas de éste.

Al margen de esta increíble historia, el film de Paradise es un cúmulo de pedanterías y confusiones. La mayor parte de los momentos de la película son incomprensibles por culpa de un mal rodaje, y el resto es reiterativo y carente de interés. El público se aburre esperando los momentos "fuertes", que apenas llegan: sólo cuando la pobre parálitica vuelve sola a su casa después de haber abortado y es atacada por un pájaro salvaje, para más tarde ser golpeada por su hija, hasta que aparece su amante, que pretende ahogarla, el delirio llega a tal extremo que uno puede reírse tranquilamente. No salvan el disparate ni el excelente actor John Huston ni la participación estelar de Shelley Winters, Glenn Ford, Sam Peckinpah, José Ferrer y otras reliquias. ■ DIEGO GALAN.

"Soy único"

Dos torpes y precipitadas secuencias finales dan al traste con la promesa de una buena comedia, o quizá es que precisamente por ser finales, concretan la decepción del espectador ante el escamoteo de una historia que se había prometido mucho más interesante: la de un histrión empujado a triunfar en el mundo del espectáculo, de la misma forma que triunfaba en sus fiestas infantiles cuando su madre le obligaba a imitar a Eddie Cantor. Ese empeño en el triunfo contrasta con la dificultad que el mundo del cine y el teatro han establecido para cuantos quieran participar en él: no se puede entrar en ese mundo si no es a cambio de haber perdido previamente cuantas ilusiones o proyectos se tengan. "Soy único", por tan-



"Soy único", de Carl Reiner.

to, se divide en una crónica ligeramente amarga sobre ese inevitable fracaso (el protagonista debe acabar participando en combates de lucha libre) y una descripción objetivada de la patología de ese protagonista. Todo ello, naturalmente, en ese tono intermedio de comedia y melodrama que no acaba de encontrar su punto exacto. Hay poca brillantez, pocas ideas en una película que las necesitaba a borbotones. Y se nota que el actor protagonista —Henry Winkler— no sabe muy bien a qué carta quedarse, y la excelente actriz que comparte su trabajo —Kim Darby— desarrolla una admirable labor, llena de sensibilidad y ternura, pero sin llegar a hacerse con el mando de su personaje comodín. "Soy único" es un apunte frustrado que viene a coincidir con tantos otros proyectos de comedia que el reciente cine americano lanza al mercado. Comparar títulos de este año —"California Suite", "El próximo año a la misma hora", "Paso decisivo", "Locos por ellos"— con lo que TVE ofrece de la década de los treinta o cuarenta, es comprobar cómo lo que antes era ingenio se ha transformado en mediocridad. Aunque esa mediocridad no oculte, sin embargo, algunas excelentes ideas, como en el caso de "Soy único". Pero aunque ésta no sea ni mucho menos la peor de las comedias actuales, es sintomática también de la decadencia de un género y de una cinematografía. Lo malo para nosotros es que, decaiga o no, el cine norteamericano sigue siendo el único que padecemos, gracias a las disposiciones ministeriales

que tan apasionadamente protegen al cine de ese país. ■ D. G.



TEATRO

Jornadas Teatrales: los Estables, a debate

El término no es nuevo en el teatro español. Hace años, cuando más vigoroso era nuestro teatro independiente, entregado a su obligada itinerancia, ya funcionó el Teatro Estable de Zaragoza, definido por una serie de propósitos que lo distinguían nitidamente de los demás grupos de la época. Sin embargo, es ahora, un poco al arrimo de la consolidación del Lliure, de Barcelona, cuando la palabra ha entrado de lleno en nuestro lenguaje teatral y aparece vinculada a una serie de proyectos y trabajos.

Es significativo, en este sentido, que La Carátula, de Elche —uno de los grupos alicantinos con más años de trabajo— bajo el patrocinio del Economato de las Comisiones Obreras, acabe de celebrar unas Jornadas Teatrales en torno a los temas de "Teatro Estable" y "Teatro y Nacionalidades", a las que, aparte de varios críticos, han asistido representantes, numerosos y cualificados, del movimiento que gira hoy sobre este discurso.

El nombre de Estable procede

de los Stabile italianos, que a su vez inspiraron la famosa Rasegna de Florencia. Esto hace decir a muchos que la etiqueta es equivocada, porque nuestra situación es distinta, increíblemente precaria la realidad económica de nuestros embrionarios Estables respecto de los Stabile y, en consecuencia, también diferentes los niveles artísticos de sus propuestas. Se trata, sin duda, de una discusión bizantina, porque las mismas palabras significan siempre cosas distintas en cada contexto sin que ello sea razón para inventar otras nuevas, sino, más bien, lo contrario. Situar a un contexto frente a "su" dificultad de viabilizar un concepto, puede ser un modo activo, dialéctico, de juzgarlo. Independiente se llamó a un teatro que dependía de la censura, de las autoridades gubernativas, de las autoridades locales, de las entidades culturales y de un cúmulo de circunstancias económicas. Y, sin embargo, el nombre hizo fortuna porque contenía un "Proyecto", porque operaba como muchas veces lo han hecho las grandes utopías. Algo análogo ocurre con el concepto de Teatro Estable, que alude a la necesidad de sustituir el coyunturalismo de un teatro opuesto a la dictadura y a la centralización por un trabajo regular, planificado e inserto como alternativa y proceso constante dentro de nuestra realidad cultural. Es un hecho que todos los Estables quieren tener una sala donde ensayar, presentar sus espectáculos, almacenar sus materiales, organizar sus cursillos y vincularse a un núcleo de público. Pero también lo es que en la mayor parte de ellos desempeña un papel fundamental la itinerancia, sólo que ahora, entendida de un modo racional, previamente programada, acordada a las razones ideológicas del conjunto del trabajo y no como el desordenado asidero que permitía, a costa de sacrificios artísticos y personales, la supervivencia material del grupo. Lo que nos lleva al sentido último del término, que no es, como pudiera parecer en principio, el opuesto al de itinerancia, sino al de provisionalidad y desorden. Se quiere, sobre todo, "estabilizar" el trabajo, para asegurar la profesionalización y un nivel artístico sin el cual huelgan los otros objetivos...